

que el celo de los apóstoles, más que el valor de los mártires, más que la pureza de las Vírgenes y más que los méritos y la fidelidad de todos los santos.

Llamemos pues, bienaventurado el Patriarca José, que recibió de la mano de Dios á María, este tesoro inestimable; que contempló tan de cerca á esta criatura sin rival; que vivió con ella en la intimidad mas dulce, lejos de todos los ruidos del mundo, de las impuras voluptuosidades de los malos y de los perversos! ¡Bienaventurado el Patriarca José, que no cometió ninguna temeridad ni ninguna falta, permaneciendo durante tantos años en la sociedad constante de la Soberana del mundo; y que no hizo en esto mas que hacer uso de los derechos que le confería la cualidad de Esposo de la Virgen sin mancilla. ¡Bienaventurado el Patriarca José, que se embriagó tan dulcemente con los encantos indecibles de María, perdiendo en su presencia el recuerdo de todas las bellezas mentirosas que seducen á los hijos de los hombres! ¡Bienaventurado, y mil veces bienaventurado el Patriarca José que recibió la fé de María, su virginal Esposa, que fué el objeto de su confianza y de su amor mas tierno, y que estuvo unido tan íntimamente con Ella por los lazos sagrados, desti-

nados á durar sin ninguna interrupción hasta la muerte!

Lo que los hombres desean sobre todo, no es la estimación, el respeto ó la obediencia de los otros hombres sus hermanos; sino lo que quieren ante todo, cuando esperan obtenerlo, es el don del *amor* que contiene en sí todos los demas. *Ser amado*: hé aqui el sueño de todo hombre en toda edad y en todas las diversas condiciones en que lo pone la Providencia. El padre quiere ser *amado* de sus hijos; el rey de sus súbditos; el general de sus soldados; el hermano de sus hermanas. Pero sobre todo, el esposo quiere ser *amado* de su esposa; y para obtener este don sagrado del amor, ningún sacrificio parece demasiado difícil ni penoso. Un poco de amor, á lo que parece, vale mas que todos los mayores tesoros de la tierra; y por pobre que sea el sér que nos ama, por pasajero que sea el afecto que nos concede, triunfamos en nuestro corazón, si solamente podemos decir con seguridad: «¡Es un hecho: soy amado!»

Mas si algún mortal privilegiado pudiese conquistar en su favor el amor purísimo y santísimo de María, de esa Virgen sin igual, que brilla mas resplandeciente que la estrella de la mañana, bajo las inspiraciones divi-

nas: de esta poderosa emperatriz que manda á toda la tierra y ve á los querubines y serafines á sus piés; si pudiera poseer esta riqueza del amor de María, no solamente de paso, por una hora ó por un día, sino por una serie de años, por toda su vida y por toda la eternidad: poseerle con admirable abundancia y con arranques tan impetuosos y tan poderosos. . . . ¡oh! ¡cuál sería verdaderamente la felicidad de este hombre, que pudiera llamarse amado, tierna y fuertemente amado, por la Madre del Señor!

Pues bien: Señor San Jesé ha poseído este privilegio inestimable! Señor San José ha gozado de estas riquezas, cuyo solo aspecto deslumbra la mirada que las contempla. Señor San José es el Esposo de María, y María no ha cesado nunca de tener para con él toda la ternura piadosa que la esposa fiel debe tener para con su esposo. La Virgen celestial llevaba á José en el momento sagrado del matrimonio, una alma ignorante todavía de todo afecto conyugal, de toda mirada dirigida ni aun de paso, sobre ningún otro hombre: María reservaba modestamente á José las primicias de su ternura y los principios de su amor. Desde esa hora bendita, que hizo una sola vida de sus dos vidas, María amó á José

con el esplendor de un afecto que no conoció ninguna interrupción ni ninguna mancha. ¡Feliz José! hombre sin par que atesoró para sí solo la ternura de la Madre de su Dios! María ciertamente puede ser comparada con la azucena, cuya virginal blancura representa tan bien su alma tan casta y pura. La Escritura autoriza este lenguaje, porque el Esposo celestial exclama con admiración en los sagrados cánticos: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.* (1) Ahora bien: la azucena no solamente brilla por la blancura de su corola; sino que derrama á su derredor la dulzura de su olor suavísimo. Este perfume lleno de encantos, se escapa de la flor privilegiada: déjase arrebatado por la brisa que pasa y se derrama suavemente en la campiña. Mas si encerramos la preciosa flor cerca de nosotros, bajo el techo donde tenemos nuestra habitación, su olor llega á ser mas fuerte y llena todo el aire que nos rodea; nos penetra, nos arrebatada. nos embriaga, y parece por su poder oculto apoderarse de todo el hombre.

Así el Lirio de los valles, la humilde María, no se contenta con arrebatado las miradas por

(1) Cant., II.

su maravillosa belleza; sino que encanta en secreto los corazones por el suave olor de sus virtudes. Los que no se aproximan tan de cerca á su persona, los que la contemplan solamente de lejos, perdidos en medio de la multitud de los servidores fieles, sienten pasar sobre sus frentes y volar á su derredor algo de los perfumes celestiales que deja escapar bajo el soplo del Espíritu Santo, este Tabernáculo en donde reposa el Dios de gloria. Mas nuestra felicidad no es capaz de hacernos comprender enteramente la felicidad de Señor San José, que recogido en la intimidad de María, encerrado á solas con Ella en la estrecha habitación que la Virgen santificaba con su presencia, se embriagó durante tantos años con esos aromas celestiales, y estuvo como penetrado por la impresión fuerte y suave que producía á la vez sobre su inteligencia y sobre su corazón.

Así pues, ¿cómo Aquel cuya *justicia* tiene cuidado de celebrar la Santa Escritura, cómo el *justo* José no se habría esforzado en devolver á su Esposa todos los días de su vida, una conveniente retribución por tantos beneficios tan preciosos? ¿Cómo habría podido no emplearse incesantemente en cumplir con sus deberes para con esta Virgen maravillosa que

el Señor confiaba entre sus manos? Vemos al dador de los príncipes y de los reyes un séquito de cortesanos que están allí para hacer honor á su señor, y para formar á su alrededor como un ejército de satélites destinados á realzar su grandeza. Sin duda ninguna, podemos considerar á Señor San José como el *séquito* de María, como la *corte* de María; y si á primera vista nos causa admiración la aparente pobreza de esta escolta, tan conforme por su exterior humilde á la indigencia en la cual quería vivir Jesucristo, encontraremos con un poco de reflexión, muchos esplendores ocultos bajo estas modestas apariencias, porque el piadoso José valía mas él solo para honrar dignamente á su amada Esposa, que un grande ejército de ordinarios cortesanos.

¡Qué respeto en todas las palabras, y en todos los actos de José, aun cuando su título de Jefe de la Santa Familia le obligaba á mandar! Ciertamente el humildísimo Patriarca no podía olvidar la inmensa distancia que le separaba de Aquella que se humillaba hasta vivir fielmente bajo su dependencia. No podía olvidar que los mas grandes entre los santos, que los Profetas, los Patriarcas y el mismo Moisés, no eran sino pálidas estrellas en

presencia de este astro deslumbrante, cuyas claridades vagamente entrevistas hacían palpitár sus corazones en una santa esperanza. Pues ¿con qué admirable respeto, con qué culto lleno de tierna veneración, no debía José reconocer en su Esposa esas glorias que los mismos ángeles no bastan á celebrar?

Mas también ¡qué amor templaría en él todo lo que hubieran presentado de demasiado pálido y frío, unos homenajes puramente *respetuosos!* ¡Cómo sabía mezclar á este culto de *veneración*, todo lo que el afecto puede dictar de mas suave! ¡Cómo debía animarse considerando la benignidad de la *Virgen clementísima!* ¡Cómo debía á cada instante presentarle los ardientes afectos de su corazón lleno del santo amor! Los santos han amado tan tiernamente á la Virgen pura, cuyas excelencias no podían sin embargo conocer sino muy débilmente, y de tan lejos. ¿Qué debía hacer Señor San José, que veía mas distintamente esta hermosura sin igual, y que poseía para amarla una alma virgen, pronta á dejarse traspasar por el amor sin resistencia, como el cristal por el rayo que le toca y le atraviesa?

Dirijámonos pues, al Patriarca José para implorar de rodillas el gran secreto de una

devoción firme y sincera hacia la Reina que se dignó escogerle por su Esposo. Llamemos á su puerta con seguridad, y pidamos las gracias que nos son necesarias á cada uno, según las disposiciones diversas que la bondad divina hace germinar en el fondo de nuestro corazón. Si estamos todavía en la multitud de los servidores menos privilegiados, que no se atreven á aproximarse tan de cerca á su Soberana, pediremos á José el don de esta veneración profunda, que él sentía plenamente al contemplar la excelencia de María: su gran respeto nos libraré de toda familiaridad presuntuosa y de toda palabra demasiado atrevida. Si tenemos la dicha de ser admitidos mas de cerca en la sociedad de María; si ya esta gloriosa Princesa quiere considerarnos á pesar de nuestra indignidad manifiesta, como sus hijos queridos, y aun quizá como los castos esposos de su virginal Majestad, Señor San José nos enseñará la ciencia de hablar amorosamente con María, sin merecer el castigo de Oza que estando desprovisto de las disposiciones necesarias, llevó su mano temeraria y sacrilega al Arca del Señor. (1)

Sobre todo, en todos los homenajes que

(1) II Reg., VI.

nuestra veneración y nuestro amor hagan subir incesantemente hacia María, uniremos á cada instante nuestros actos y nuestros votos á aquellos con que Señor San José rodeaba continuamente á la Virgen Madre, y la suplicaremos muy humildemente, que tenga por agradables estos pobres testimonios de amor que sentimos por Ella, en consideración de los grandes méritos de José su casto Esposo. El piadoso Patriarca tomará él mismo entre sus manos todas las glorificaciones diversas que presentamos á la augusta María. Él corregirá nuestras imperfecciones y nuestras faltas; y hará mejor y mas perfecto lo que tal vez podamos ofrecer de menos indigno: luego, juntando á nuestras pobreza los grandes tesoros que él sacará de su alma tan amante, presentará todos estos homenajes á María Madre de Jesús, á fin de que, por Jesucristo y por María, lleguemos á glorificar dignamente para siempre á Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

CAPITULO XII.

De cómo el glorioso Señor San José es Patrón de la devoción á Jesucristo.

SERÁ posible que nuestro grande amor para con Señor San José nos arrastre fuera de la verdad, para arrojarnos en conclusiones exageradas?

Dios nos preserve siempre de una devoción tan desgraciada. Lo confesamos voluntariamente, no es á Señor San José á quien pertenece *principalmente* el introducirnos en la intimidad de Jesucristo; no es él *principalmente* quien debe enseñarnos á amar y á servir á este buen Señor. Todas estas augustas funciones están reservadas *principalmente* á María, la gran *Introdutora*, encargada por Dios Padre de hacernos llegar felizmente á Jesucristo Señor nuestro.

Desde el día de la visita del Arcangel, María no se separa de Jesús, fruto bendito de sus entrañas. Fué la primera que tuvo la dicha de adorar en silencio al Dios Altísimo que tomó carne en su seno, y que vivió durante nueve meses en este purísimo tabernáculo. Como una sierva devotísima, como una ma-